

La búsqueda de la armonía

Vanina Papalini

Il mio supplizio/È quando /Non mi credo
In armonia
Giuseppe Ungaretti, *I Fiumi*¹

Escribir sobre una persona próxima no es tarea sencilla, y menos si su ausencia duele. Nadie guarda más que jirones de ese amplio y variado guardarropas que abarca una vida. Pero cómo cada quien se hizo de esos jirones, a qué prendas corresponden y cuántos usos los han marcado, es un asunto de cuidado. Es menester presentarse, entonces: fui esposa de Héctor Schmucler por dos años y su compañera por veintidós; nos acompañamos amorosamente en el último tramo de su intensa existencia.

Definido el lugar de la que enuncia, parecería que me toca hablar, entonces, de los ropajes de la intimidad. Toto en bata, amaneciendo mate en mano; Toto un domingo soleado, escuchando los pájaros desde el estudio de la casa de San Ambrosio; Toto preocupado por la preparación de un plato para el almuerzo porque ya se sabe que no puede comer ciertos ingredientes; Toto, el hombre enamorado que me escribió más de cien cartas; Toto leyendo calma y lentamente un libro, abrigado por su inmenso sillón; Toto perplejo ante una enfermedad que lo interceptó cuando sentía que tenía tanto aun para vivir y compartir. Porque toda muerte es prematura cuando no se la desea.

Pero no es suficiente con narrar las peripecias de la vida cotidiana, parecida y diferente a tantas otras, para que Toto emerja. Porque no lo conocí en un almacén de un barrio obrero –él cambió un rumbo que podría haber sido, pues a eso se dedicaba su papá– sino en una universidad. Y nuestras charlas, que incluían evidentemente temas domésticos, también transitaban la literatura, la filosofía, la sociología, la política, la ética, las ideas propias y ajenas, las vivencias, los recuerdos.

¹ Agradezco a Sylvia Nasif y Esteban Nicotra que despidieron a Toto con esta poesía que tanto le gustaba. He arrojado un puñado de nombres en este texto, que no alcanzan a ser representativos del amplio y variado mundo de relaciones y afectos de Héctor Schmucler. Pido disculpas a los muchos que no mencioné; la exigencia de concisión –que he desobedecido hasta donde pude– me limita.

A través de esas charlas, supe que había querido aprender a tocar el violín pero resultó que no tenía oído musical, y había escrito poesías que, según me dijo, eran muy malas. A la hora de seguir sus estudios, su primer impulso fue estudiar astronomía, lo cual le hubiera permitido seguir mirando las estrellas que lo fascinaban. Y el segundo, medicina: admiraba al médico del barrio. Esta inclinación se concretó: destacado estudiante del Colegio Nacional de Montserrat, rindió libre un año completo del bachillerato para acelerar e inscribirse en medicina, carrera que cursó hasta el 4º año. Desde los 15 era partidario del comunismo; la revolución, un ideal romántico que inflamaba su espíritu. «Es necesario decirlo para que la distancia de ayer a hoy pueda mostrarse», decía Schmucler en *La ciudad futura* en 1992: «creíamos que Stalin era una encarnación del amor». A mediados de los '50, compartió la actividad política e intelectual y trabó una fuerte amistad con Oscar del Barco, José María Aricó y Samuel Kiczkovsky, militantes comunistas que luego serían expulsados del partido por sus ideas heterodoxas plasmadas en la revista *Pasado y presente*.

Este conjunto de anécdotas apenas enumeradas tiene sentido porque muestra, para mí, la constelación que marcaría su biografía, en ciertos prácticamente desde sus primeros años: política, ciencias y literatura, claves de una improbable armonía que se esforzó en buscar. De esta combinación resultaba la figura del intelectual, figura que Jean Paul Sartre encarnaba paradigmáticamente por entonces pero de quien, una vez pasada la fascinación comunista, Héctor tomaría distancia.

La imaginación y el espíritu artístico frustrados en los intentos juveniles iban finalmente a encontrar su camino. Abandonó definitivamente el cursado irregular de medicina,² que se interrumpía con frecuentes encarcelamientos. El peronismo no era gentil con la izquierda y recorrió desde adentro la D2, el departamento de Informaciones de la Policía de Córdoba, mucho antes de que fuera la cárcel de los detenidos-desaparecidos de la dictadura de 1976. Allí conoció a José María Aricó. A pesar del aura heroica del encierro que lo emparentaba con sus admi-

² La historia de estos años está llena de colorido. Gracias a la amistad perseverante de uno de sus amigos de infancia, Guillermo Bustos, que acompañó a Toto hasta sus últimos días, escuché numerosos relatos de las escenas de «Barrio Inglés» (hoy Barrio Pueyrredón), de las andanzas en el Montserrat compartidas con Mario Argüello y de los estudios de medicina. Los amigos y las amigas de Schmucler fueron numerosos. Los recordaba y extrañaba con frecuencia. Muchos eran nombres de gravitación intelectual, pero otros no. Schmucler se relacionaba cálidamente con todos ellos.

rados Lenin y Antonio Gramsci, una de las detenciones fue larga y su salud se quebrantó: poco tiempo después, enfermó de tuberculosis –la enfermedad que le había arrebatado a su madre cuando tenía unos 6 años– y fue internado en el hospital Santa María de Punilla, enclavado en las sierras. Los primeros antibióticos, la dieta, el sol y el aire puro vinieron en su auxilio. Una vez repuesto, estudió Letras y se recibió de licenciado. La política universitaria lo tuvo como integrante destacado; eran tiempos en el que los vientos de revolución de Cuba llegaban hasta la mediterránea Córdoba.³ Schmucler pensaba en empujar también la transformación en el campo literario: le interesaba en especial la renovación de las literaturas latinoamericanas, y emprendió la tarea convocando para ello a Noé Jitrik.

Y si lo hecho hasta allí ya era significativo, lo que siguió fue una conjunción misteriosa; sinergia de afinidades electivas y ubicuidad empujada por los vientos de la historia. Toto fue, sin proponérselo especialmente, partícipe de procesos y acontecimientos cruciales que lo configuraron como un pensador singular, profundo y renovador de todos los terrenos por los que transitó.

Quisiera delinear someramente los campos en los que la intervención de Héctor Schmucler se enraizó y fructificó, todos ellos tramados por un compromiso político en el que se insertaban, como una dimensión inherente y singular, la apertura de ideas y la crítica. Son ellos la literatura –que constituyó no solo un campo sino que configuró una ética en torno al peso y valor de la palabra– la comunicación –como espacio múltiple y diverso en el que desarrolló especialmente la denuncia del imperialismo cultural y la problematización en torno a la técnica– y los estudios sociales de la memoria, lugar en donde la praxis política se anudó con la reflexión biográfica. Retengo un puñado de referencias, dada la solicitada brevedad de este texto, con la esperanza de que el volumen de *Estudios* en su conjunto de cuenta de lo que aquí es solo una nota.

En primer lugar, entonces, la literatura, tanto por su vocación hacia la crítica y las letras latinoamericanas, como hacia la semiología. Tempranamente descubrió el valor de *Rayuela*, de Julio Cortázar. Su estudio, «Rayuela: juicio a la literatura», publicado en 1963, fue la carta de presentación que abrió las puertas a un contacto frecuente y fecundo con el escritor. La radicación de Schmucler en Francia contribuyó a ello. Pocos

³ El capítulo que Sebastián Malecki publicó en *El obrerismo de pasado y presente* (2014) brinda detalles al respecto.

saben que su primer impulso fue viajar a Italia –la tierra de Gramsci– para estudiar con Galvano della Volpe. Pero ese proyecto no se concretó y, en cambio, se instaló en París para cursar un doctorado con Roland Barthes. Allí se encontró con otros cordobeses: Aníbal Arcondo, Rosa Cavalli, entre otros. Su primera esposa, Miriam Rosenberg, y sus hijos Pablo y Sergio lo acompañaron algunos años, hasta que su vida afectiva dio un vuelco cuando conoció a la lingüista Ana María Nethol.

Pienso ahora que Barthes, Cortázar y París en aquellos años –de 1965 a 1969– fueron alquímicos en el espíritu de Toto, un académico disciplinado, un joven hombre –por entonces– educado en la austeridad y el esfuerzo. Fueron como un soplo de libertad, un reconocimiento de esa fuerza portentosa que es el deseo. La mirada cortazariana sobre la existencia –una mirada que se avenía bien a su espíritu artístico– se consolidó en esa época y nunca se extinguió. Amaba las casualidades; prefería no planificar sino caminar por la vida «a su aire». Pero, si el vínculo con Cortázar fue decisivo, no menos significó Barthes, quien lo iniciara en una manera de transitar la vida y de anidar en la academia, provocándola. Toto admiraba sus *boutades*, la inteligente interpelación lanzada *cum granosalis*; y descubría el placer como una motivación legítima también a través de los diálogos que, en Radio France, mantenía con Severo Sarduy. A su regreso, tradujo y puso en circulación muchas de las ideas del estructuralismo francés y sus derivas. Su vocación de enriquecer el debate intelectual encontró espléndida concreción en la labor editorial: como traductor de Barthes, como director de colecciones de la editorial Siglo XXI y como editor de revistas (*Los libros*, y luego *Comunicación y cultura*, entre otras).

De la semiología a la comunicación había un paso, y Toto lo dio desmarcándose, en disputas intelectuales con Eliseo Verón y su grupo, de un campo universitario en el que ya despuntaba la discusión científica y profesionalizante. Así se comenzó a delinear el segundo gran campo que su pensamiento abonó. Ya en Argentina, instalado en Buenos Aires, en tiempos de politización creciente, se pronunció a favor de un espacio comunicacional emancipatorio y fue parte de una generación que intentó construir un orden regional latinoamericano más justo. Su amistad con Michèle y Armand Mattelart, que continuó a lo largo de los años y a través de distintas geografías, data de esa época. La pretensión de la unidad latinoamericana era difícil: junto con la experiencia socialista de Chile, el concierto de representantes también incluía a delegados de dictaduras. La teoría crítica latinoamericana, que informó parcialmente las

posiciones del bloque de países no alineados, lo tuvo como uno de sus referentes más importantes. Schmucler se nutría por entonces del pensamiento de Adorno, Benjamin y Gramsci, el estructuralismo y el marxismo.

La revista editada con Mattelart y en especial el famoso artículo «Un proyecto de comunicación/cultura» plasmó, tempranamente, los senderos que recorrería el campo durante los siguientes 30 años. Una buena parte de sus apuestas y contribuciones fueron recogidas, con la ayuda de Carlos Mangone, en *Memoria de la comunicación* (1997). La etapa comunicacional lo convocó como docente más que cualquiera de las otras, quedaron así numerosos testimonios de su labor; en la Universidad Nacional de la Plata, en la Universidad Autónoma Metropolitana –donde fue bienvenido y bienquerido–⁴ y en la Universidad de Buenos Aires. Su influencia se extendió a lo largo de América Latina; llegó a Europa y circuló entre los *radicals* estadounidenses a través de su relación con Herbert Schiller.

Si los medios y su alianza con el imperialismo lo ocupaban, no menos puede decirse de lo que significaba la telemática, la naciente tecnología informacional que se desplegaría triunfante los años siguientes a *América Latina en la encrucijada telemática*, el libro que escribió en colaboración con Armand Mattelart. Schmucler pronto percibió (quizá al calor de las lecturas de Karel Èapek, George Orwell, Aldous Huxley, pues la literatura siempre fue una cantera que nutrió su pensamiento tanto como la filosofía) que la tecnología afectaba la condición humana misma. Más tarde, esta articulación entre comunicación, filosofía de la técnica y ética sería la simiente que crecería en la cátedra que compartió con Patricia Terrero en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, quedando luego a cargo de Christian Ferrer. El grupo de jóvenes colegas allí nucleado se volvió también un espacio de amistades entrañables.

El tercer gran campo temático, el de la memoria, se solapa temporalmente con el trabajo en torno a la comunicación. Al calor de un compromiso político que no eludía un examen autorreflexivo riguroso, Schmucler meditó profundamente sobre la condición humana, trabando una amistad fecunda con el pensamiento de Hannah Arendt. No fue, sin embargo, el libro que lleva este tema como título sino otro, *Eichmann en*

⁴ María del Carmen de la Peza; Margarita Zires Roldán; Raymundo Mier; Beatriz Solís; Mabel Piccini, son algunos de sus muchos interlocutores y amigos de México.

Jerusalén, el más encarnado en su pensamiento. El análisis en torno a la deshumanización que conlleva la técnica y el funcionamiento de los aparatos represivos y de exterminio eran convergentes con lo que Schmucler pensaba, ofreciendo una comprensión superadora de las posiciones que terminaban ubicadas cerca de la venganza o del perdón misericordioso. Las atrocidades más terribles pueden suceder porque el mal es banal; es una máquina impersonal, no un agente diabólico.

La síntesis a la que Héctor llegó fue a la vez teórica y biográfica; la desaparición de su hijo Pablo; su propio exilio junto a su hijo menor y el debate de los exiliados en torno a la violencia armada en Argentina, lo movieron a revisar doliente y crudamente las responsabilidades políticas, construyendo una idea de justicia sin revancha y de verdad sin estrategia. El artículo «Actualidad de los Derechos Humanos», publicado en *Controversia* en 1979, da testimonio valiente de esta posición, que fuera objeto de polémicas y descrédito. La polémica del «No matar», iniciada por Oscar del Barco en 2004, puede verse como su continuidad y profundización.

La política fue para él un ejercicio vital constante que lo llevó del comunismo al socialismo –con algún momento de deslumbramiento por el guevarismo– y al compromiso con Montoneros, organización de la que se apartó antes del '76. Luego, la decepción y la autocrítica lo lanzaron a una reflexión mucho más honda y completa. La radicalidad del pensamiento político de Toto no puede soslayar su rechazo hacia el autoritarismo, que fue elaborando y profundizando a lo largo de los años. Probablemente ese rechazo emergiera inicialmente en relación a las posiciones del Partido Comunista argentino, se fuera complejizando en la evocación del peronismo que lo persiguió y encarceló un sinnúmero de veces, se reforzara con las noticias que, en Francia, se iban conociendo de los *pogroms* y el aplastamiento de la revolución húngara de 1956 (su amistad con Adrás Bíró durante el exilio en México le permitió conocer de primera mano estos acontecimientos) y se terminara de consolidar durante la expatriación, extendiéndose para abarcar los populismos de la Argentina de la primera década del siglo XXI.

Algunos amigos cercanos (pienso en Nicolás Casullo, Pancho Aricó, Juan Carlos Portantiero, Oscar del Barco –una compañía imprescindible a lo largo de los años–, y más recientemente Alejandro Incháurregui y Ricardo Panzetta) han discutido con él estas preocupaciones en distintos momentos. No le faltó tampoco un conocimiento personal de lo que las democracias de vocación totalitaria significaban; es triste el

anecdótico de las miserias ideológicas que sembraron incomodidades y marginaciones en la última década de su actividad. Un breve texto publicado en la revista *La intemperie*, «Las maneras fascistas» (2004), fue su única manifestación ante varias de las iniquidades que experimentó hacia la primera década del año 2000 y los subsiguientes. En cambio, se sentía cómodo entre sus contemporáneos del Club de Cultura Socialista de Buenos Aires. Encontraba coincidencia en sus charlas con antiguos compañeros como Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, entre otros.

En Córdoba, donde había regresado definitivamente hacia 1990, vivió en los Altos de San Ambrosio, a 35 km de la capital provincial, en un plan diseñado conjuntamente con del Barco, con quien compartía vecindad y charla. Durante un tiempo fructífero y feliz, San Ambrosio acogió reuniones de los grupos editores de las revistas *Confines* y *Nombres* y permitió a Toto la distancia justa entre la sociabilidad y el retiro, entre el ir a la ciudad por trabajo y retirarse al monte serrano a leer, comentando luego con distintos interlocutores tanto las lecturas como las noticias de los muchos diarios y revistas que revisaba minuciosamente. Su delicada sensibilidad disfrutaba la naturaleza y una casa original hecha a su gusto y medida.

Su actividad ya no estaba ligada a la enseñanza de grado, sino al posgrado y la investigación. Fue miembro fundacional del CEA, director del área de Estudios Sociales de la Comunicación y de la revista *Estudios* («la más académica de las revistas en las que participé», decía Toto) y del Programa de Estudios de la Memoria. Este programa, nacido casi al mismo tiempo que acontecía su jubilación del CONICET, fue un espacio abierto, cabalmente plural. No perseguía ninguna finalidad y gozaba de una gran apertura intelectual. Algunos libros colectivos, numerosos seminarios y encuentros y nuevos interlocutores fueron parte del entusiasmo de Toto, quien contó con la colaboración de Tamara Liponetzky por veinte años. Un grupo amplio y diverso de interesados en el tema, académicos y no académicos, pasaron por sus reuniones. En 2015, Toto se retiró, fatigado de lidiar con los encasillamientos mentales y administrativos.

Tres campos con un hilo conductor: la palabra, capaz de conjurar el amor y el dolor, de suavizar las pérdidas, de reconstruir la armonía perdida. El mundo de Toto era el mundo de una palabra que cifraba el misterio de la vida. Una palabra exigente: palabra poética, palabra política, palabra que guarda memorias. Escribía como quien ingresa en las batallas del amor, sufriente y gozosamente, y salía de la refriega exhausto.

to y pleno, aunque perpetuamente insatisfecho. La admirable ética de Toto Schmucler era una ética de la palabra: «con una palabra se puede matar», sentenciaba. Por eso, su palabra era impecable. Podía ser crítica, pero buscaba no herir; siempre era cuidadosa, mesurada, amable. Sin embargo, y a pesar de la bonhomía de su expresión, no podía ser desleal con lo que pensaba: «la palabra obliga», decía.⁵

Mientras que su palabra escrita llevaba el signo de lo inefable, acaso de lo trágico, su palabra oral –su palabra compartida– era juguetona, audaz y seductora: enormemente cautivante. Toto podía ser invitado a formar parte de un homenaje a Neruda y criticarlo, sabiendo que escandalizaría y quizá divirtiéndose un poco con ello, pero confiando en salir ileso. Aunque por amistad aceptara muchísimas invitaciones y pedidos, no podía sostener una posición que no era propia. Lo compensaba: atendía especialmente las formas del decir para no agraviar ni ser injusto. Comprendía e incluía en sus exposiciones a todos los que no pensaban como él; no daba por sentado su posición, ni presuponía que su auditorio compartía la posición crítica. No para todos este mundo, tal como está, es execrable, pensaba; algunos podían sentirse cómodos en él y hasta celebrarlo. Y también ellos tenían derecho de habitarlo.

A pesar de su afabilidad, retenía para sí lo que consideraba privado. Silenciaba malestares, dolores y agobios. No quería ser considerado una víctima, ni ser objeto de compasión. Fue coherente con lo que creía tanto como es posible pedirle a la humana contradicción. Su nobleza se percibía inmediatamente; un hombre cercano, amable, capaz de escuchar, lúcido y sereno, que vivía sencillamente con una magra jubilación, sin renunciar a lo que pensaba por obtener un contrato: el dinero, y los cargos, creía, muchas veces impiden decir lo que se piensa con libertad. Probablemente por eso no aceptó indemnización alguna. Ni por el exilio –la política era una elección, una convicción, que asume riesgos, decía, no se renta ni se compensa–, ni por la desaparición de Pablo, pues podría caerse en la confusión de que existe alguna reparación posible para una infamia inconmensurable.

Héctor Schmucler fue un ser excepcional, que vivió trabajando sobre sí mismo para restaurar la posibilidad de armonía arrebatada varias veces en una existencia desgarrada por las pérdidas. No fue perfecto,

⁵ Mientras Oscar del Barco escribía *El abandono de las palabras* (1994), Toto publicaba «El regreso de las palabras o los límites de la utopía mediática» (1993), en continuidad del diálogo con su amigo.

evidentemente, aunque sospecho que fuimos poquísimos quienes conocimos sus íntimos claroscuros. Apreciaba la vida, en sus múltiples y transparentes manifestaciones, y la honraba con su sutileza. Amaba la palabra bella, sabia y comprometida capaz de *alétheia*, de develar el mundo. Esa era su única alhaja y por ella era un caballero cruzado y un artista sutil que no admitía bastedades. Tiemblo un segundo al recordar su voz grave y estentórea recitando poemas de García Lorca, apuntando su declamación con gestos de unas manos que desplegaban sus propias líneas. Aunque sus gustos eran simples, su fruición era fina; lo insustancial no lo entusiasmaba. Alimentaba su pensamiento con lecturas selectas; la erudición de George Steiner o de Tony Judt concitaba su perenne admiración.

Me abismo en vacío, buscándolo, y descubro que soy incapaz de lograr una semblanza cabal. Presumo que es una imposibilidad compartida: el pasado se torna cuento y recuento insuficiente y trivial. Me consuela saber que, ante los discursos que enaltecen, los que menoscaban y, más peligrosos aún, los que tuercen intencionadamente, están brillantes y filosas sus propias palabras, reunidas en libros o dispersas en manos de cualquiera que le haya pedido una opinión. Allí están, lanzadas a rodar en el mundo; ellas son los arcontes donde hay que buscar, pues estas mías, que «transitaron y rascaron viejísimos días», como él decía, no aspiran a ser más que algunas de las posibilidades que abre el relato de una vida.

Toto probablemente hubiera tomado alguna distancia con el intento de cerrar un sentido, pensando que lo movió más la contingencia que un plan predefinido, y sabiendo que todo relato resulta finalmente mitificante. Es inevitable, me digo; ya que he escrito, he decidido correr ese riesgo. Es igualmente probable que sonriera ante mis artes de narradora que le causaban enorme simpatía. Sabría que he seguido al pie de la letra el espíritu benjaminiano que lo inspiraba:

«Hacer memoria, en consecuencia, es más que el esfuerzo por evocar los hechos. Incluye la perentoria responsabilidad de responder, es decir, de hacerse responsable por el lugar desde donde ayudamos a construir aquellos hechos recordados. Pero también responder, hacerse responsable, por la manera en que hoy contemplamos aquellos hechos», decía en 2013.

Mis memorias sin embargo guardan algo más, un sentimiento único que nos enlazaba, que debo reponer para ser justa: lo que podía parecer una relación de asimetrías evidentes estuvo fundada sobre todo en

una complementariedad inquebrantable. Regreso, entonces, a las cartas que nos escribimos en 2012:

«He tenido sueños de muerte y al despertar no me parecían sueños inoportunos. (...)¿Qué ha sido mi vida?, me he preguntado. ¿Algo más que ruido? (...) Me golpea la convicción de que he sido una hoja al viento y es poco tranquilizante saber que otros también lo son. Por momentos, creo que mi pensar está hecho de infinidad de libros no leídos. Que cargo con más culpas de las que yo mismo soy consciente (...) Dudo en mandarte esta carta... [Prefiero] escribirte sólo para contarte mi amor que, en realidad, es lo único verdadero; la posibilidad de armonía.»